

RECUERDOS CON HISTORIA, 184

SORPRENDENTE OBJETO EN SORPRENDENTE CHAMARILERO

Por V. Navarro

A Manuel Patiño IN MEMORIAM

La veteranía hace que los entusiastas de las antigüedades esperen pocas sorpresas recorriendo pequeños mercadillos “de viejo”, es decir, sorpresas en forma de objetos de entre 50 y 150 años de antigüedad, que no está nada mal, y que, además, sean verdaderamente desacostumbrados y singulares. Eso era “*antes*”, suelen decir, o “*ya no salen cosas importantes*” añaden con socarronería. Y menos si son de categoría histórica demostrable. Es más, si apareciera alguno realmente curioso, escaso y barato habría tras el descubridor, por lo menos, catorce manos tratando de pillarlo al instante porque, en este campo, el que esté libre de pecado que tire el primer *cubata*.

Claro que, tal como se suele comentar, la veteranía es un grado. En función de ello el veterano recorre sin pausa más de mil veces, con más empeño y moral que el Alcoyano, los sencillos puestos al aire libre de los comerciantes. Por fin, un día la suerte acompaña al curtido veterano y puede regresar a su casa con una pieza que nunca hubiera podido soñar.

El caso es que aquel frío domingo de invierno, allí estaba el desconocido chamarilero a las ocho de la mañana, con gruesa bufanda de lana desteñida, extendiendo su manta en el suelo y colocando sus trastos encima: taburete torcido, cántaro desmochado, plato descantillado de los que llaman “de la gitana”, rota muñeca sin ojo izquierdo... De pronto, saca del fondo semioscuro de su destartalada furgoneta un largo objeto, para él de lo más ignoto e inútil y lleno de roña, que llama la atención de quien pasaba justamente por delante en aquel momento. El paseante, avisado y ejercitado cliente de mercadillos de lo añejo

(esa enfermedad que dicen incurable) repara en la pieza. Solicita que se la dejen ver y, de lejos, la otea con detalle: es de madera, latón y pelos de cerda; está perfecta, sin roturas ni faltas, solo tiene suciedad relativamente fácil de eliminar. Pero, lo mejor de todo, es que se trata de algo asombroso, insólito, realmente extraordinario. Vaya, lo nunca visto ni esperado pero sumamente deseable para nuestro veterano y, por si fuera poco, no hay nadie alrededor pretendiendo agarrar la misma cosa. Era, como decían los filósofos, su *kairós* ideal, o sea, la ocasión perfecta en el momento oportuno.

A los cinco segundos ya estaba el experto cliente con el objeto temblándole en la mano al mismo ritmo que las piernas. ¿Será verdad esta pieza? ¿Y está a la venta?

-“Oiga, ¿cuánto pide?”

-“Para usted son.... deme... xfzrenta euros”

Nótese el detalle: el cliente, que no conocía ni de vista al ropavejero, pregunta inteligentemente que “*cuánto pide*” (no cuánto vale) y el chamarilero le responde que “*para usted...*” como si lo conociera de toda la vida. Dos veteranos en trance: uno que si pierdo la pieza y el otro que si pierdo la venta. Acabado el regateo reglamentario el cliente paga y, a paso más que ligero, se va con su estrecha y larga pieza en madera, latón y pelos de cerda bajo el brazo. Lo nunca sospechado.

Llega a su casa nervioso, excitado de tanta suerte dominical, con ávidos deseos de limpiar su tesoro, estudiarlo y, a partir de aquel día, guardarlo como un trofeo histórico de primera línea. Se lo ha ganado por el madrugón y por tener los conocimientos adecuados con los que pudo valorar, con acierto, la autenticidad y rareza de la tal “madera-latón-pelo”.

UN ESCOBILLÓN DE ARTILLERÍA

Eso era la interesante pieza: un auténtico **escobillón** que se usaba para limpieza del interior del tubo de un cañón de campaña de comienzos del siglo pasado. Tal vez anterior.

Efectuado el estudio pertinente resultó que podía ser el escobillón para un cañón del calibre 7'5 cm. (o "75" como también se le llama) o, tal vez, de 8 cm. pues el diámetro del **cepillo** resultó ser, justamente, de poco más de 8 cm.

Una vez limpio y encerado el astil de madera, frotados y brillantes los aparejos de latón y adecentado el cepillo, la pieza lució como nueva. No nos extrañe que este comprador, estudioso de las antiguallas, se pegara semanales madrugones en invernales y gélidos días festivos, por ver si la suerte le sonreía otra vez y pudiese adquirir, en futuras y felices ocasiones, la mismísima espada ropera de Francisco de Quevedo, la pipa de porcelana de un sargento de Húsares o el canotier de Maurice Chevalier.

Recordado M. Patiño, a veces los experimentados merodeadores de mercadillos tienen y merecen suerte. Estés donde estés aquí conservamos tu memoria con cariño y tus impagables anécdotas. Por tu perseverancia incansable merecías buenas y abundantes alegrías.



Este es el objeto "aparecido" que nos ocupa. Un **escobillón** para lavado y refrescado del alma del tubo, encontrado en perfecto

estado de conservación en su totalidad. La madera del astil se halla en inmejorable estado, sin fisuras ni pérdidas, conservando prácticamente al cien por cien su barniz original. La longitud venía determinada por la del cañón y era, generalmente, algo más largo que el tubo de aquel. Los aparejos de latón, sitos en el extremo superior y la parte inferior, que podemos llamar **regatón**, están hechos a conciencia y denotan calidad de manufactura.

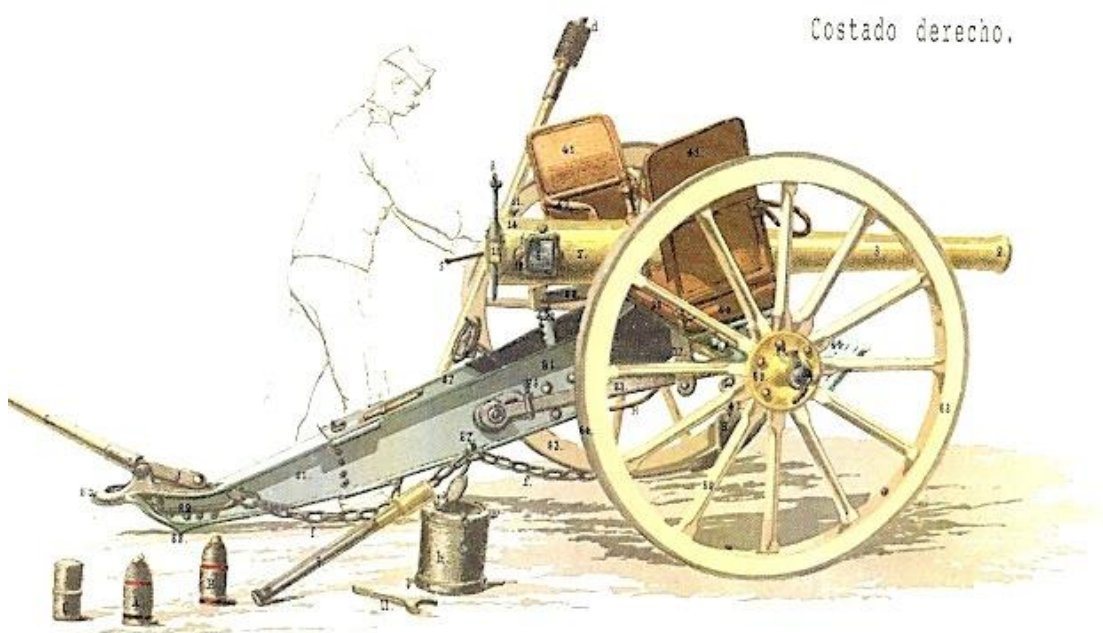


En ocasiones la misma asta tenía doble función: en un extremo se hallaba ubicado el cepillo y en el opuesto el **atacador** para apretar la carga, introducir proyectiles a fondo o lo que fuese preciso. Esta composición, llamada “**atacador con escobillón**” se empleaba, por norma general, solamente en los casos de combates con el enemigo. En nuestro caso, el regatón posee rosca interior para poder adaptarle, cuando se precisara, un sólido atacador.

En la imagen, junto a este complemento artillero, aparece un sable para tropa de artillería modelo 1862, modelo coetáneo del escobillón, que estuvo en uso hasta bien entrado el pasado siglo.



Detalle del cepillo cilíndrico de pelo grueso (podían ser de cerdo, jabalí, ganado vacuno o caballar) que, a su vez, cubre el corto cilindro de madera de su interior llamado antiguamente **feminela**. Se halla en muy buenas condiciones. Mejor imposible.



Este es un cañón de retrocarga con tubo de bronce comprimido modelo 1880 montado sobre cureña de chapa de hierro. El bronce permitía el rayado interior de manera relativamente fácil, de ahí que se mantuvieron en activo durante mucho tiempo. El problema

residía, según cuentan los expertos, en el rápido desgaste de las estrías al emplear proyectiles de tetones. La posición del escobillón nos indica que el soldado artillero se ha servido, o va a servirse, de este útil para la tan necesaria limpieza interior del tubo y sus estrías una vez efectuados varios disparos.



Este óleo de Josep Cusachs titulado “Somorrostro” representa un combate artillero, en 1874, durante la tercera Guerra Carlista. En él se puede ver, a la derecha, cómo el soldado que tiene en mano su atacador con escobillón está a la espera de las órdenes oportunas para actuar en consecuencia.

De presentarse de sopetón el general en jefe no creo que el oficial al mando de la batería ordenase: “¡Presenten escobillones...!”



Muy explícito cartel de Cusachs, de finales del siglo XIX, con publicidad de una casa de “cepillos” barcelonesa. Imaginamos que como documento comercial-visual fue, en su día, original y atrayente. Actualmente es, además, histórico.